

# SANDOR FERENCZI : Reconsiderando la Intervención Activa, Martin Stanton.

## Capítulo 2.

### Proyecto.



*En el análisis no es legítimo el sugerir cosas al paciente o introducir las a través de la hipnosis, pero no es solamente correcto sino aconsejable sugerirle que las saque de sí.*

**- Sándor Ferenczi, 1931, 3, p. 134**

Desde sus inicios, el psicoanálisis se ha preocupado de forjar modelos explicativos adecuados sobre el problema de la temporalidad. En un principio, frecuentemente se presumió que estos problemas eran particulares de Freud, quien los traspasó globalmente al análisis. Hitschmann, por ejemplo, en su proselitista estudio, *La Teoría de las Neurosis de Freud* (1921) acentúa la innovación de Freud, al focalizarse en las amnesias de la vida consciente, más que en el ideal curativo de la recuperación total de la memoria bajo la hipnosis. “El psicoanalista puede asombrarse”, comenta, “de cómo las persuasivas y exactas historias clínicas de los casos histéricos son producidas por otros autores”. (Hitschmann, 1921, p. 196). Los últimos vestigios de este punto de vista fueron destruidos en las décadas de 1950 y 1960, con el inspirado trabajo de Jacques Lacan acerca de la complejidad de la visión de Freud en relación con las estructuras temporales (Lacan, 1977, p. 48), y las revisiones de Laplanche y Pontalis sobre el mismo punto, en el contexto del desarrollo histórico, de las concepciones psicoanalíticas de la temporalidad (Laplanche y Pontalis, 1980; Laplanche, 1970, 1989; Pontalis, 1968). Es actualmente evidente que los puntos de vista de Freud acerca del tiempo no eran únicos, ni unilineales, ni uniformes. Ellos fueron formulados en el contexto de los debates sobre la etiología de los fenómenos histéricos y tomados generosamente en préstamo, de otros especialistas y otros lenguajes, particularmente de la Escuela Francesa a quienes se les reconoce cierta eminencia en esta área (M. Stanton, 1991). Además, Freud no era el único psicoanalista que estaba construyendo modelos del tiempo, ni el primero en hacerlo: Jung, por ejemplo, exploró el modelo de la “asociación de palabras”, desde el cual ganó adherentes, independientemente del psicoanálisis, y ayudó a transformar los propios puntos de vista de Freud al respecto.

Esta contextualización de la discusión psicoanalítica de la temporalidad también necesita ser extendida a Ferenczi, cuya contribución individual es enmascarada a veces bajo la etiqueta de “discípulo de Freud”. Los primeros trabajos de Ferenczi, particularmente sobre los reflejos, no resultaron excesivamente afectados por el encuentro con Freud en 1908; ni tampoco lo fue su posterior trabajo conducido exclusivamente bajo las premisas Freudianas (Ferenczi, 1901; cf. Lorin, 1984, p. 119). En efecto, él desarrolló sus propias frescas y fértiles áreas de investigación, especialmente en la sexualización del lenguaje, el estudio de la regresión y la clarividencia. Fue, también, fundamental en la introducción de los planteamientos de los especialistas independientes en el corazón del cuestionamiento psicoanalítico (cf. su crítica de Ernst Mach, 1919, 2, pp. 383ff.). Freud fue más lejos aún al sugerir en 1933 que estas innovaciones habían “distanciado gradualmente” a Ferenczi del “círculo” psicoanalítico (Freud, 13, pp. 367ff.).

En términos generales, la discusión psicoanalítica acerca del problema de la temporalidad puede, en términos prácticos, ser dividida en tres principales áreas. En primer lugar existen algunas preguntas epistemológicas básicas, surgidas a partir de las concepciones del flujo temporal lineal y de la capacidad de percepción de lo “inconsciente”. Estas preguntas se focalizan en la existencia de una agencia psíquica que se supone “percibe” el tiempo y sobre la precisión que puede atribuirse a tales percepciones. Resulta fundamental en este punto la discusión sobre la memoria y su posible distorsión por la represión inconsciente.

En segundo lugar aparece una serie de preguntas que giran en torno al tema del desarrollo “normal”: como depurar el registro de la transición entre la infancia y la adultez de modo de incluir aun los más pequeños detalles. Una dificultad central, en este sentido, es la correlación del modelo del desarrollo edípico con el modelo de una supuesta progresión psicósomática. A simple vista, esto sugiere una ruta culturalmente prescrita a través de los peligrosos eventos del incesto y el parricidio, acompañada por el placer igualmente prescrito, que se asocia a ciertas localizaciones corporales apropiadas; la oral, la anal y la genital. En un nivel más complejo, más rutas resultan trazadas siguiendo diferentes posiciones sexuales iniciales, cuya lógica determina la problemática de la “normalidad” del complejo de Edipo. Estas también incorporan otras localizaciones corporales, tales como la uretral/fálica y la interna vaginal (Kestenberg, 1975).

Una tercera área de cuestionamiento se ocupa del problema de la definición de la dirección del tiempo. La paradoja central aquí consiste en la integración de dos modelos: el de los procesos “inconscientes”, que son automáticos en su continuidad, tales como dormir/despertar o envejecer, y el de las relaciones de objeto, que permiten al sujeto alguna libertad en sus elecciones direccionales, en especial en el curso del psicoanálisis. Las dos más importantes estructuras formales del tiempo en juego aquí: la regresión y la repetición, tienden a una polarización radical: o bien nos explicamos los fenómenos inconscientes sometidos al “automatismo”, como el sueño, envejecimiento o incluso la locura, como regresiones, o bien, la libertad de elección adquiere un poder fundamental, sino total sobre el reino somático. En el nivel filogenético o “dirección de las especies”, esta polarización es aun más dramática: como Ferenczi argumentó, o la dirección de toda la raza humana es hacia la regresión, o la elección de la sublimación establece el triunfo de la cultura sobre la naturaleza (Ferenczi, *Thalassa*, pp. 83-5).

## **EL INCONSCIENTE Y EL FLUJO TEMPORAL LINEAL**

En la primera área epistemológica de cuestionamiento, Ferenczi, como todos los primeros psicoanalistas, adhirió inicialmente al modelo de la hipnosis para el tratamiento de la histeria. Existían dos variantes principales de este modelo: la primera fue formulada por la Escuela de Charcot, en París, y la segunda por la Escuela de Bernheim, en Nancy. La primera argumentaba que los síntomas histéricos eran ocasionados por la persistencia en el inconsciente de poderosas reacciones, no resueltas, a un trauma pasado. La etiología de los síntomas variaba de acuerdo con el trauma, pero su articulación temporal descansaba en la intrusión de estructuras obsesivas inconscientes, o “*idees fixes*”, en la consciencia. El sujeto, por lo tanto, sufrían una disminución de su nivel de consciencia (*abaissement du niveau mental*) cuando estas estructuras obsesivas seguían circularidad inconscientemente prescrita, repitiéndose a sí mismas infinitamente (*automatisme de répétition*). El médico podía solo esperar influir en esta “compulsión a la repetición” (*Wiederholungszwang o contrainte de répétition*), acumulando información acerca del material traumático escindido, mientras el sujeto estaba en un estado de trance. Algunas veces este material podía ser luego re-introducido al sujeto en estado consciente, socavando así supuestamente la estructura obsesiva. En contraste, el enfoque de Bernheim argumentaba que podía accederse al material inconsciente a niveles psíquicos distintos de este, usando una técnica llamada “sugestión”. Esto implicaba relajar al sujeto a distintos niveles, partiendo desde el semisueño y el ensueño diurno hasta la hipnosis profunda, haciéndole luego preguntas directas, o bien, dándole ordenes directas para descubrir y remover las estructuras obsesivas.

En la década de 1890 surge un fuerte y encolerizado debate entre estas dos escuelas, a partir de una sucesión de casos delictivos, tales como asesinatos, violaciones y robos, en los cuales los involucrados reclamaban haber actuado bajo la influencia de “sugestiones” administradas en ciertos teatros de variedades, parques de atracciones y circos (Miller, 1975). La Escuela de Bernheim argumentaba que esto era perfectamente posible, mientras que la Escuela de Charcot rechazaba dicha argumentación como fraudulenta. Estos últimos creían que tales estados de trance requerían de una base patológica, y que, aún en ese caso, los sujetos no podrían activamente efectuar los crímenes, debido a que la necesaria dirección temporal existía solo en la consciencia. En vez de esto, caerían y repetirían los síntomas histéricos. Desde luego las instancias gubernamentales y legales fueron poco proclives a considerar estas alternativas y entonces optaron por las tesis de Bernheim restringiendo el uso de las sugestiones a los profesionales médicos.

Los médicos mismos tuvieron mayor posibilidad de operar y se interesaron más en la eficacia del diagnóstico y en la cura que en la prevención del crimen. De distintos modos, tanto Ferenczi y Freud

propusieron sutiles negociaciones de las diferencias entre Charcot y Bernheim, en sus prácticas personales. Freud fue el traductor al alemán de Charcot y Bernheim e intentó, tanto como le fue posible, mantener un distanciado y académico equilibrio entre los dos. Esta distancia fue formalizada en 1897, cuando revisó la técnica psicoanalítica en torno al rol de la fantasía en la memoria y estableció el nuevo procedimiento de la “asociación libre”. Su “certera comprensión de que no existen indicaciones de realidad en el inconsciente” (21 de septiembre de 1897, Freud y Fliess, 1985, p. 264) debilitó el punto de vista de Charcot sobre la exactitud de la evidencia del material traumático relatado en los estados de trance. Asimismo, la asociación libre, o la invitación a los pacientes para relatar cualquier contenido que viniera a sus cabezas, contrarrestaba la directiva imposición de la “sugestión” bernheimiana.

Ferenczi no siguió este enfoque. Por el contrario, se comprometió fuertemente con el método de Bernheim; sin embargo, apreció la utilidad de la sofisticada terminología diagnóstica de la Escuela de Janet y de Charcot (Ferenczi, “Charcot”, 1925; *“A hipnózis gyógyító értékéről”*, 1904). Anteriormente a su descubrimiento del test de la “asociación de palabras” de Jung en 1907, era un apasionado hipnotista. Su estudio sobre la materialización histérica, particularmente la anestesia psicósomática, estaba fuertemente apoyada en las formulaciones Janetianas (Ferenczi, 2, p. 110). Incluso después de su encuentro con Freud en 1908 estos intereses continuaron, aunque modificados por el método de la asociación libre. Sin embargo, a lo largo de toda su trayectoria profesional, la “sugestión” permaneció como el modelo primario sobre el cual definió sus principales innovaciones técnicas (Ferenczi, 1, p. 54, pp. 58ff., 81, 271; “Psicoanálisis y sugestión”, 1912, 2, pp. 55ff., 184, 200, 212; 3, pp. 111ff., 134, 254-5, 269-70). Determinante en esto fue su oposición al principio de la “inactividad” psicoanalítica que se justificaba a sí misma, apelando a la neutralidad y a la objetividad científica. En su opinión, los pacientes con severas regresiones no necesitaban garantías de la integridad científica de las interpretaciones del analista, si no de un genuino soporte afectivo y de capacidad de maternaje. En algunos casos esto significaba una intervención activa, tales como recomendaciones y prohibiciones, a la manera de la “sugestión” bernheimiana; en otros casos, significaba apaciguar, relajar e incluso tocar al paciente, asemejándose, por cierto, a los hipnóticos métodos de masaje.

Un factor común a todos los diagnósticos de histeria fue el problema de los “orígenes” biológicos y culturales (Laplanche, 1989 pp. 21ff.). Ferenczi y Freud inicialmente adoptaron la tesis, en boga en ese momento, de que los orígenes biológicos no solamente precedían a los culturales, sino que los estructuraban. Por consiguiente, la “protista”, o la materia viva reducida a su estructura básica era reflejada en el “animáculo”, la estructura humana fundamental, que a su vez se reflejaba en el “Yo” cultural. Esto indicaba tanto un limitado crecimiento de las estructuras hereditarias como una explicación del mal funcionamiento del Yo como “degeneraciones” dentro de este. Todas las formas de enfermedad mental, por ejemplo, toda actividad criminal, el suicidio y las supuestas “perversiones” como la homosexualidad y el travestismo, eran diagnosticadas como degeneraciones. La simplicidad y la conveniencia de esta formulación eran difíciles de abandonar, a pesar de que la evidencia surgida desde el psicoanálisis sugería un papel mucho más importante para lo “endo-psíquico” (o puramente psicológico). La tensión en relación con esto es particularmente evidente en el desarrollo de los estudios de Ferenczi sobre Homosexualidad a comienzos de 1900; en 1902, situó la etiología de la “sexualidad psíquica” en el contexto de los determinantes hereditarios (Ferenczi, *“Homosexualitas feminina”*, 1902); sin embargo, en 1911 había eliminado toda referencia a la determinación biológica y estableció en su lugar la elección de objetos homoeróticos “cargados con ‘apetito sexual’ no sublimado” de modo que pudo acentuar la etiología endo-psíquica de lo que aún consideraba una “perversión paranoídea” (Ferenczi, “Papel de la homosexualidad en la patogenia de la paranoia”, 1, pp. 184ff.; cf. Karsch-Haack, 1911).

La complejas interrelaciones entre el tema de los “orígenes” biológico y psicológico han generado, en consecuencia, un espacio narrativo híbrido en psicoanálisis. Laplanche y Pontalis han llamado la atención sobre el peculiar “terreno intermedio”, ocupado por escenarios que supuestamente transcriben el desarrollo biológico de las especies en el desarrollo cultural del individuo: la escena primaria, la escena de seducción, la escena de castración y el retorno al seno materno (Laplanche y Pontalis, 1968; Laplanche, 1989). Desde luego es el estatus de la fantasía de estas escenas lo que vuelve problemática su “realidad”, aunque, a la inversa, esta “realidad” es recuperada en la supuesta “orientación” que estas escenas estructuran en la elección sexual de objeto, asegurando la continuidad de las especies. Hoy en día, por supuesto, ambos

modelos, el genético y el de orientación sexual, están obsoletos. Esto, sin embargo, no elimina sus referencias a la fantasía; de hecho, una consecuencia de esta obsolescencia ha sido la inclinación del equilibrio desde lo biológico a lo cultural, de suerte que en la actualidad ya es común discutir acerca del estatus de la fantasía científica o fantasía de los orígenes (Gould, 1984).

## EL PROCESO DE “CALCULAMIENTO”

Ferenczi estaba más interesado en integrar las estructuras biológico/culturales que muchos de la mayoría de los primeros psicoanalistas, tal vez incluso igualando a Freud mismo. En “El Psicoanálisis”, escribe Ferenczi en 1926, “como toda psicología, en sus intentos por penetrar en las profundidades, debe topar en algún lugar con la roca de lo orgánico” (Ferenczi, 2, p. 377). Él incluso consideró el examen de estas profundidades como una de sus tareas especiales dentro del movimiento psicoanalítico. A este respecto, *Thalassa: Una Teoría de la Genitalidad* (1924) es seguramente el epigrama de esta particular forma de narrativa. Acerca de este texto Freud escribió, “es la más osada aplicación de las intuiciones psicoanalíticas... a la biología de los procesos sexuales, e incluso de la vida orgánica... jamás intentada”. Agrega, a modo de reserva, que “sería inútil hoy desear separar lo que podemos admitir como conocimiento confirmado, de lo que pretendemos conjeturar acerca del futuro conocimiento por medio de la fantasía científica. [*Träumerei*]” (Freud, 1933c, 22, p. 229). Hoy día la tentación de tratar tal texto como un “poema” es aún muy grande. Sabourin (1985), This (1986), Lorin (1983) y Revardel (1986), por ejemplo, tratan su esquematización de las grandes “catástrofes” de la progresión onto/filogenética como una yuxtaposición lúdica de diversos modelos científicos para arrojar luces sobre las estructuras generales inconscientes, incluyendo las propias estructuras personales de Ferenczi, haciendo una comparación en este sentido con el uso de las matemáticas y la geometría que hace Jacques Lacan para ilustrar diferentes aspectos del corpus lacaniano.

Este enfoque desplaza la técnica psicoanalítica de Ferenczi desde su orientación hacia lo orgánico “real”, esto es, los síntomas físicos de sus pacientes. La insuficiencia de su percepción de lo orgánico no la reduce a una fantasía lúdica ni niega la técnica interpretativa a través de la cual él narra lo orgánico. La técnica psicoanalítica de Ferenczi se apoya en la concepción de una determinación múltiple. El “espacio psíquico”, argumentó, “tanto como el espacio físico, tiene varias dimensiones, por lo cual la localización de un punto dentro de él sólo puede ser exactamente determinado mediante varios ejes” (Ferenczi, 1, p. 197). Suprimir uno de los ejes no desacredita necesariamente el punto.

De hecho, una de las preocupaciones metodológicas centrales de Ferenczi fue definir el impacto entre la interpretación y determinadas estructuras como la (inconsciente) orgánica. Conforme a su modelo de la “sugestión”, esta definición era “activa”, involucrando complejas negociaciones del espacio afectivo situado entre el consciente objetivo y las determinaciones inconscientes. Definió esta compleja negociación como “calculamiento” (*Rechnen*), que implica las connotaciones comerciales del cálculo y la emisión de cuentas.

Cuando la tendencia a apartar el mundo circundante por medio de la represión o la negación es abandonada, empezamos a *calcular* [*rechnen*] con él, es decir, a reconocerlo como un hecho. Un avance adicional en el arte del calculamiento es... el desarrollo del poder, para escoger entre dos objetos que ocasionan mayor o menor displacer, o para escoger entre dos modos de acción que puedan resultar en más o menos displacer. Todo el proceso de pensamiento podría ser entonces un trabajo de calculamiento -en gran medida inconsciente-, e interpuesto entre el aparato sensorial y la motilidad. En este proceso, al igual que en las modernas máquinas calculadoras, es prácticamente solo el resultado lo que aparece a la visión consciente, mientras que las huellas mnémicas con las que el actual trabajo fue realizado permanecen escondidas, a saber, inconscientes. Podemos vagamente conjeturar que aun el acto más simple de pensamiento descansa en un indefinido número de operaciones de calculamiento inconsciente, en el que presumiblemente se emplea todo tipo de simplificación aritmética (álgebra, cálculo diferencial); y que pensar en símbolos verbales representa la integración última de esta compleja facultad de calculamiento.

(Ferenczi, 2, p. 378)



El concepto de “calculamiento” de Ferenczi, por lo tanto, combina el descarte a través del psicoanálisis de la represión y la negación del mundo externo, con un innato y automático mecanismo autorregulador de pensamiento, en términos de Charcot. Esto facilita una visión mutuamente sustentadora o cooperativa, del desarrollo de los instrumentos de la consciencia, tales como el idioma y del desarrollo de la relación afectiva del individuo con el mundo externo. Esta cooperación es fomentada por fenómenos “autosimbólicos” o “funcionales” (un término que Ferenczi toma prestado de Herbert Silberer) (3). Estos conceptos son definidos como “las autopercepciones que son simbólicamente representadas”, o como “los cuadros que ocurren en los sueños, las fantasías, los mitos, etc., en los cuales lo que está indirectamente representado no es el contenido del pensamiento y la imaginación, sino la manera de funcionar de la mente (p. ej. su facilidad, dificultad, inhibición, etc.)” (Ferenczi, 1, p. 261; Silberer, 1970).

Estos fenómenos no solamente permiten representar el mundo interior (inconsciente), sino que son instrumentales en el “calculamiento” con el mundo exterior. Ferenczi coherentemente se refiere a tres prototipos autosimbólicos: la máquina, el espejo y el puente.

La máquina negocia la relación instrumental entre el cuerpo y el mundo exterior. “La máquina automática”, explica, “... es ya casi una pura proyección de órgano; una parte del mundo externo ‘recibe un alma’ gracias al deseo humano y trabaja en lugar de nuestras manos” (Ferenczi, 2, p. 390).

De forma similar, el espejo mediatiza nuestra visión de las miradas del mundo externo acerca de nosotros. En términos diagnósticos, entonces, la fobia histérica a los espejos debería ser interpretada como el temor al autoconocimiento, incluyendo su correlato afectivo de la fuga de los placeres del voyerismo y el exhibicionismo (4) (Ferenczi, 2, p. 365).

Finalmente, el puente negocia nuestra presencia psíquica en el mundo externo. Vincula nuestros pensamientos juntándolos, luego los vincula al mundo externo. Las palabras-puentes son el prototipo de este fenómeno autosimbólico. A través de la connotación y la denotación, las palabras trazan complejos patrones espaciales y temporales. Su posición en las frases orienta la secuencia de tiempo y de dirección. Terminar las frases, por ejemplo, es una importante indicación analítica del sentido de control y de dirección en el mundo de los pacientes. Del mismo modo, la expresión “por ejemplo” frecuentemente sirve para unir la brecha entre la experiencia general o remota y la específica, en la cual hay una clara dirección (Ferenczi, 2, p. 185). Las palabras-puentes incluso fomentan la útil combinación de palabras con la “cosa real”, volviendo difícil abandonar la confortable creencia de que nombrar acuciosamente el mundo lo refleja y lo controla (5) (Ferenczi, 2, p. 355).

## **REGISTROS EVOLUTIVOS Y LOCALIZACIONES CORPORALES**

El método de “calculamiento”, regulado por los “fenómenos autosimbólicos”, nos informa sobre la perspectiva de Ferenczi acerca de la segunda área de interrogantes en relación con la naturaleza del tiempo: el problema de los modelos del desarrollo. El argumento que el “origen” del “calculamiento” motiva y estructura la progresión de las subsiguientes fases de desarrollo. La entidad que se estructura y fomenta a consecuencia del “calculamiento” es el Yo, cuyas partes y crecimiento están autosimbólicamente “enlazadas” a través de las máquinas del lenguaje, el espejo y el puente. Este enlace autosimbólico, sin embargo, conlleva una dimensión exógena; el Yo recibe entradas y genera salidas hacia el mundo externo. Se sigue entonces que el “origen” del Yo estructura una relación instrumental con el mundo externo que predetermina su aspecto cultural (especialmente a través del lenguaje) y le permite suficiente tiempo y espacio para desarrollar su propia trayectoria o forma particular de calculamiento (estilo).

El problema, entonces, es la relación con el origen biológico que precede al origen cultural. La posición básica de Ferenczi es que las experiencias de los precursores del yo consisten en sensaciones corporales no-mediatizadas. Estas se fijan en las fragmentadas e “inarticuladas” secciones del sistema nervioso que funcionan “alo -o autoplásticamente” (ver Glosario, p. 198; *Thalassa*, p. 72). Esta entidad se llama el “Id” o “ello” (*Das Es*). “Los niños en los primeros años de vida...”, explica, “no tienen mucha memoria consciente de los sucesos, sino sólo sensaciones (de tono placentero y displacentero) y reacciones corporales consecuentes. La “memoria” permanece fijada en el cuerpo y solo desde ahí puede ser despertada” (Ferenczi, 3, p. 269).

La dificultad aquí es, ¿cómo difiere lo consciente -es decir, los recuerdos relacionados con el Yo- del inconsciente -es decir, los “recuerdos” relacionados con el Ello-? Por un tiempo, Ferenczi trabajó con

la respuesta de Otto Rank a esta pregunta, específicamente la noción de que un primitivo trauma en el nacimiento estructuraría todas las futuras relaciones entre el Ello y el Yo. “La parte esencial del trabajo del análisis...”, escribió Rank,

es verdaderamente nada más ni nada menos que el ir permitiendo al paciente repetir con mejor éxito en el análisis la separación de la madre. Pero esto en ningún caso debe ser tomado de una forma metafórica -ni siquiera en el sentido psicológico. Pues en la situación analítica el paciente repite, biológicamente, tal como fue, el período del embarazo, y en la conclusión del análisis- esto es, la re-separación del objeto sustituto -él repite su propio nacimiento de forma bastante fiel en todos sus detalles-. *El análisis finalmente resulta ser una realización tardía de la incompleta primacía del trauma del nacimiento.*

(Rank, 1929, pp. 4-5, itálicas en el original)

Ferenczi se sintió muy atraído por esta tesis por dos razones. Primero, ella correspondía con algunas de sus especulaciones sobre la recapitulación ontogenética del desarrollo filogenético, específicamente que el estado intra-uterino semejaba nuestra original ubicación en el mar (Ferenczi, *Thalassa*, pp. 44-45). Segundo, si ellas fueran ciertas, podrían justificar la técnica “activa” de dirigir la interpretación hacia el descubrimiento de esta primitiva estructura del “trauma del nacimiento”, acortando así apreciablemente la duración del psicoanálisis. Estas razones formaron el puente entre Ferenczi y Rank en *El Desarrollo de Psicoanálisis* ([1922] 1986).

No obstante, el interés de Ferenczi se vio debilitado por dos defectos básicos en esta formulación. En primer lugar, la reducción que esta hacía de la sucesión temporal a la repetición de un conjunto único de sucesos en relación al nacimiento. La única justificación de esto era la “primacía” del supuesto trauma único y primitivo. “Esto deja... [Rank] afuera...”, Ferenczi argumentó, “la posibilidad de encontrar algo nuevo: lo que él busca, y por supuesto encuentra, es solo la confirmación de lo que ya sabe. Por otro lado, me parece inconsistente negar en general el valor del punto de vista histórico, tanto como otorgar un desproporcionado peso sobre un único evento histórico, el nacimiento” (Ferenczi, Revisión de Rank, 1927, p. 94).

En segundo lugar, la tesis de Rank se centra exclusivamente en el rol de la madre y reduce toda la “memoria” cultural, así como también la biológica, a la repetición de la expulsión del útero. Ferenczi plantea que esto ignora la autoridad del padre en la dinámica edípica y de este modo suprime la identificación con el poder y el deseo en los escenarios culturales “originales” de la escena primaria, la escena de castración y la escena de seducción (Ferenczi, 1927, p. 97). Ferenczi podía aceptar que *uno* de los roles simbólicos culturalmente prescritos para el falo por el trauma de nacimiento fuera el regreso al útero (cf. Rank, 1929, pp. 38-9; Ferenczi, *Thalassa*, p. 50). Sin embargo, existían también otros roles destructivos, notablemente asociados con la pulsión de muerte y la castración, que Rank descuidó totalmente (Ferenczi, 2, p. 377).

Finalmente, Ferenczi se acerca a la opinión de que la memoria opera tanto a través del Yo como del Ello; la única diferencia entre las memorias del Yo y las del Ello son sus relaciones de objeto. Las memorias del Ello son “sensaciones corporales” establecidas por los primitivos impulsos de muerte y de vida (*zugen*). Cuando son re-elaboradas retrospectivamente (*nachträglich*) por el Yo, son experimentadas subjetivamente como emociones. Las memorias del Yo, por el contrario, son “sensaciones proyectadas”, esto es “sensaciones referidas al ambiente o a “sucesos externos”. En tanto son reguladas autosimbólicamente, aparecen como “objetivas”, o verificables por los instrumentos de la consciencia” (Nota del 26 de octubre de 1932, 3, pp. 260ff.). Su relación con los impulsos de muerte y de vida es, por lo tanto, más útil y orientada a través de la escena primaria. Este sentido de propósito se refleja en el término que Ferenczi escoge para describir las relaciones de objeto; “impulsos” (*Trieben*) (6) (*Thalassa*, p. 52). El punto fundamental aquí es que estos diferentes registros de memoria obran recíprocamente. Asumen diferentes “voces” en esos registros, que a veces resultan en armonía y otras veces en disonancia. Se desplazan entre la emoción y la objetividad, mezclan el dolor y el placer o “influyen” la narración del pasado mediante máquinas autosimbólicas.

Ferenczi, por lo tanto, considera la discusión de la “precisión” de la memoria como un tema extremadamente acotado. Este concierne solo a las funciones autorreguladoras del Yo, en oposición al amplio tema de la relación del Yo-Ello y sus efectos en el tiempo (o influencia en el tiempo). Al final de su vida, él dio gran

importancia a la censura que semejante énfasis en la “precisión”, imponía al amplio funcionamiento de la memoria. Más bien románticamente, eligió para hacer esto la focalización en aquellos recuerdos situados en el polo del Ello del continuo dentro de la mezcla Yo-Ello. Estos recuerdos los agrupó en el “lenguaje de la ternura” (*die Sprache der Zärtlichkeit*), los cuales contrastó con otros asociados al polo del Yo dentro del continuo y que llamó “lenguaje de la pasión” (*die Sprache der Leidenschaft*) (Ferenczi, 3, pp. 156ff.). El “lenguaje de la ternura” expresa “la clara-visión del niño incorrupto” (*Diario*, p. 81). Con esto, él no quiere decir que el niño no fuera capaz de “perversiones” siguiendo las tendencias sadomasoquistas (*Zugen*), simplemente quiere decir que esta no está motivada por la estimulación exógena, y por consiguiente, tal como los “impulsos” (*Trieben*), no es apasionada, ni cargada de culpabilidad (Ferenczi, 3, p. 166).

## LA DIRECCIÓN TEMPORAL.

La aproximación de Ferenczi a la tercera área principal de interrogantes sobre la temporalidad, esto es el problema de la dirección temporal, se fundó principalmente en su análisis de los dos registros de memoria. En la interacción entre las memorias del Yo y el Ello, el Yo desarrolla un mecanismo regulador adicional, el Super-Yo, para orientarse a sí mismo efectivamente en el ambiente (Ferenczi, “La adaptación de la familia al niño”, 1927, 3, p. 73). El Super-Yo gobierna al Yo a través de los eventos edípicos, desde pasadas gratificaciones “perversas” a los “objetos sexuales” normales que no perturban la continuidad de las familias. El principal orientador de este proceso, en este punto, es el incesto y sus principales formas de articulación emocional por medio del “lenguaje de la pasión” son la ansiedad y la culpa. A pesar del poder de esta entidad, esta se encuentra continuamente trastornada por los recuerdos del Ello, que perturban dicho proceso e introducen el lenguaje de la ternura en la narrativa de la pasión. Como hemos visto, el lenguaje de la ternura tiene una temporalidad diferente que es articulada por el cuerpo, por lo que los quiebres en el sentido de la direccionalidad del Super-Yo son expresados físicamente. Estos quiebres pueden ser reconstituyentes en la medida en que restauren la “clara-visión del niño incorrupto”: en este sentido, su opinión era que dormir y copular son “regresiones positivas”, y que ambas excluyen la estimulación externa y aproximan al estado fetal (*Thalassa*, p. 72). O bien que ellas pueden llegar a ser negativas, en cuyo caso aparece la “materialización histórica”: esto es, el cuerpo articula el conflicto entre la normativa del Super-Yo (*Trieben*) y el deseo sustentado en el Ello (*Zugen*).

El psicoanalista, por supuesto, se encuentra más orientado a entrar en contacto con los quiebres negativos más que con los positivos. Es esencial, entonces, tomar en cuenta las claves no-verbales, y apreciar la constelación simbólica particular en la que operan (8) (K. Stanton, 1988). El problema principal aquí es que los recuerdos puros del Ello no pueden ser accedidos verbalmente; sin embargo, los posteriores recuerdos mediados por el Yo sí lo son. El dolor corporal de los pacientes autistas, por ejemplo, o los casos crónicos de anestesia histórica pueden ser conceptualizados pero no tratados psicoanalíticamente (Ferenczi, 2, p. 110). Sin embargo, una vez que el Yo incorpora un referente externo, la elaboración simbólica de los síntomas a través del cuerpo llega a ser potencialmente ilimitada y accesible mediante el psicoanálisis.

La elaboración simbólica de síntomas a través del cuerpo es articulada mediante las formas temporales negociadas entre los recuerdos del Ello y los del Yo. Diversas localizaciones corporales, relacionadas con diferentes eventos producidos por diferentes narrativas, pueden combinarse en un único síntoma físico. Para ilustrar esto, Ferenczi cita el ejemplo de un paciente que consultó por un tratamiento para la impotencia. De hecho, el hombre mostraba otro síntoma más inquietante, una forma peculiar de estreñimiento. Este era frecuente, pero irregular e incluía un agudo dolor durante el cual afirmaba sentir la forma de la deposición dentro de él. Aún si defecaba, el dolor no desaparecería. Ferenczi descubrió una cantidad de eventos que influían en este síntoma. Primero, el hombre había sido forzado por su padre a casarse. Entonces fue claro que la constipación aparecía cada vez que entraba en conflicto con una “personalidad masculina que lo impresionara de alguna manera”. Finalmente, los impulsos homosexuales y los recuerdos sustentados por el Ello se imponían por sí mismos:

Justo en las ocasiones cuando él deseaba declararse en contra alguien en forma determinante era impedido por una fantasía homosexual inconsciente y con la ayuda de las paredes contráctiles del recto era obligado a moldear para sí mismo un órgano masculino -el miembro del adversario odiado

conscientemente- con el material plástico de los omnipresentes contenidos rectales que no podría remover por sí mismo desde el recto hasta que el conflicto se resolviera de un modo u otro.

(“Fenómenos de la materialización histórica”, 1919, 2, p. 95)

Ferenczi llama la atención en este punto sobre la imposibilidad de restringir esto a una sola “fase” de desarrollo, a lo anal o lo genital, ya que los impulsos asociados con estas fases se influyen recíprocamente e invaden tanto el ritmo corporal (estreñimiento) como la narrativa de los eventos (impotencia). Asimismo, el desarrollo de la formación narcisista del Yo, alrededor de la identificación con el pene, se desplaza al ritmo y funciones anales (formación de deposiciones). Ferenczi considera este desplazamiento como una característica común que rodea la “acción diferida” (*Nachträglichkeit*) de las heridas narcisistas. El fenómeno del “nudo en la garganta” (*globus hystericus*) o, el embarazo imaginario, equipara el caso del estreñimiento en otra localización corporal (2, pp. 95, 104-5). En muchos de estos desplazamientos, los rituales de masturbación se desarrollan dentro de la estructura de la fantasía para defender al Yo amenazado. Pero incluso en estos casos, el Super-Yo impone la culpa y la ansiedad que, posteriormente, desplaza la localización corporal: los tics nerviosos son un ejemplo clásico de tal desplazamiento de los rituales masturbatorios (“Reflexiones Psicoanalíticas sobre los tics”, 1921, 2, pp. 142ff.).

## LA CLARIVIDENCIA

Un aspecto distintivo de la concepción de Ferenczi acerca de la temporalidad es la noción de que el desarrollo del Yo puede realmente deformar y reducir el alcance de la existencia. Las excursiones del Yo dentro de lo exopático genera una forma de distanciamiento simbólico del despliegue espontáneo de la experiencia directa. Del mismo modo, su confianza en las ilusiones de control fomentadas a través del lenguaje y las máquinas, a menudo bloquean las tendencias de vida natural (*Zugen*) en tal grado que surge la materialización histórica. En este sentido, Ferenczi contrasta los problemas de un Yo sobre-intelectualizado, con la “clara-visión del niño incorrupto”. La sobre-intelectualización del Yo está dominada por “el impulso a explicar racionalmente a través del orden externo de su mundo sus propios esfuerzos internos irracionales”; por lo tanto, ilusoriamente intenta apartarse a sí mismo del lenguaje de la ternura (1, pp. 292-3). En contraste, la sexualidad infantil antes del lenguaje de la pasión contiene una desproporcionada franqueza y espontaneidad. Esto es ilustrado por el frecuente sueño adulto en el cual un bebé repentinamente explota en elocuencia con gran conocimiento y sapiencia (“El sueño del “bebé sabio””, 1923, 2, pp. 349ff.; 3, p. 136).

Ferenczi llega incluso tan lejos como para afirmar que el poder de la clarividencia puede explicarse en términos de una regresión a este reino infantil (*Diario*, p. 81; 2, pp. 249-50; 3, pp. 135-6, 165, 271-4). Curiosamente, Freud inicialmente expresó extremo escepticismo frente a esta explicación, pero después de una visita a la famosa clarividente Frau Siedler en Berlín, tuvo que retractarse de sus objeciones aduciendo que ella era “una persona excepcionalmente estúpida e inactiva”, incluso para ser capaz de falsificar la evidencia (carta inédita de Freud a Ferenczi, 11 de octubre 1909). Ferenczi posteriormente declarará que el psicoanálisis debería explorar totalmente este reino: “Sólo piense en este interesante descubrimiento en la historia de la transferencia...”, escribe a Freud, “¡yo soy un estupendo clarividente [*Wahrsager!*], es decir un lector de pensamiento! Yo leo (en mis asociaciones libres) los pensamientos de mis pacientes. El futuro método del psicoanálisis debiera delinarse a partir de esto” (carta de Ferenczi a Freud, 22 de noviembre de 1910).

Ferenczi desarrolla este conocimiento dentro de una “orientación” para la progresión del psicoanálisis. Si la intervención del Yo es restringida, entonces la transferencia no será mediada autosimbólicamente, esto es, deformada por el material reprimido, sino que transmitirá realmente los pensamientos y emociones del otro. En este sentido, él habla de transferencia de pensamiento (*Gedankenübertragung*) la cual puede trabajar somáticamente -los dolores, por ejemplo, pueden transferirse- así como también verbal, pictórica y aún musicalmente (carta de Ferenczi a Freud, 14 de octubre de 1909). Por lo demás, esta transferencia puede informar a los analistas, con respecto a la dirección que ellos deberían seguir para remover los bloqueos impuestos por el lenguaje de la pasión, y liberar el lenguaje de la ternura. “Gran parte de la sexualidad de los niños no es espontánea”, explica, “sino que es artificialmente injertada por los adultos, a través de una



sobre-apasionada ternura y seducción. Es sólo cuando este elemento sobre-injertado es re-experimentado en el análisis y de esta forma fraccionado emocionalmente, que se hace posible que este aparezca *en el análisis*, inicialmente en la relación transferencial, y cierta sexualidad infantil no dañada desde la cual, en la fase final del análisis surgirá la anhelada normalidad” (*Diario*, p. 75).

Obviamente, una concepción de la transferencia de pensamiento de este tipo ahonda sobre las acaloradas y reñidas discusiones sobre la percepción extra-sensorial. No siendo necesario entrar en este punto aquí, su constatación simplemente sirve para reflejar cómo Ferenczi la usó para apoyar su razonamiento hacia la creación de un nutrido, confiado y cooperativo ambiente en el que tal regresión al lenguaje de la ternura pudiera ocurrir. Es crucial apreciar, sin embargo, como este planteamiento conduce a Ferenczi a creer no solamente que la regresión del analista era esencial, a fin de fomentar este lenguaje, sino también que el analista era el límite en este proceso, pues él debía confrontar su propio lenguaje de la ternura. Esto calma el “sufrimiento no aliviado” (*lenteszierendes Leiden*) impuesto por analistas despreciativos que “poseen una saludable pérdida de la ilusión de sí mismos y, por lo tanto, una pérdida de la posibilidad de despertar en sí mismos un real interés por los otros” (*Diario*, p. 194). Este “real interés” por lo tanto impedía cualquier fin o cierre del proceso del análisis. “Yo no sé de ningún analista”, escribió, “cuyo análisis yo pudiera declarar, teóricamente, concluido (menos que ninguno el mío propio). Así tenemos en cada situación de análisis, verdaderamente, mucho que aprender de nosotros mismos” (ibid.).

*Volver a Revisiones*  
*Volver a Newsletter 6. ex 60*